

española por parte de los indios es señalado por la mayoría de los etnohistoriadores, como precisa M. Mahn-Lot⁹, apuntando, por el contrario, los fenómenos de destrucción que se originaron con la conquista y la colonización española.

En efecto, ya hemos hablado anteriormente de los intentos de comprensión del mundo nuevo desde cada una de las dos partes, pero desde la perspectiva española, la vencedora, esta comprensión genera un proceso imparabile, consistente en: comprender # conquistar # destruir, tanto en el sentido cuantitativo como en el cualitativo.

Desde el punto de vista indio, o bien se acepta o bien se rechaza la conquista. Si ésta se acepta, habrá que admitir que la victoria española supone el fin de la religión y la civilización indígena: será preciso entonces asimilar las costumbres y los ritos de los vencedores, aprender a hablar como ellos, a vestirse, a trabajar y a comportarse como ellos, dejando al margen su propio discurso para asimilar el invasor; por el contrario, si ésta se rechaza, el discurso indígena puede quedar todavía en pie, siendo el hecho integrado dentro de la propia cosmovisión, como ocurrió en algunos casos, manteniendo vigentes, en lo posible, las peculiaridades autóctonas. Pero en definitiva, el discurso español acabó acallando la mayoría de las veces al indígena, por ello mucho menos escuchado, al que prestaremos nuestra atención en las páginas siguientes.

Porque la impresión gloriosa del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo sólo fue tal para los europeos; para los indios, el encuentro con los españoles supuso, por el contrario, un auténtico traumatismo; y esto, ante todo, ocurrió por la violencia que entrañaron los primeros choques entre ambos; ya se ha hecho anteriormente alusión al ritualismo de las guerras indígenas, que buscaban, no el exterminio de los contrarios, sino la captura de víctimas para sus sacrificios, como ocurre en el caso azteca, o la incorporación al imperio, pero permitiendo las formas culturales autóctonas en el caso de los incas. En su enfrentamiento con los españoles, los americanos se encuentran con un hecho para ellos sin precedentes hasta aquel momento: sus enemigos iban a exterminarlos, a reducirlos en masa a la condición de prisioneros, para desposeerlos de sus formas de vida y de sus dioses imponiéndoles otros diferentes e incomprensibles para ellos. Ello supone, ante todo, una desestructuración del conjunto de sus categorías mentales, desestructuración que ellos habrán de intentar explicar e interpretar de algún modo. Este será, pues, el primer apartado del breve análisis presente sobre la percepción indígena del descubrimiento y de la conquista, en el que se abordarán varios de los aspectos como se presenta, referidos fundamentalmente a las culturas azteca e inca.

⁹ M. Mahn-Lot: Una aproximación histórica a la conquista de la América española, *Barcelona, Oikos Tau, 1977, págs. 107-108.*

A) Desestructuración

Como venimos señalando, la primera impresión indígena cuando tienen lugar los encuentros iniciales con los españoles es el sentimiento de que algo desconocido irrumpe en sus vidas, derribando sus universos de siempre, su estructuración particular del mundo.

Y el primer intento de recomponerlo pasa, obviamente, por la pretensión de conceptualizar a aquellos seres extraños venidos del océano, integrándolos dentro de sus propios esquemas de racionalidad cotidiana. Y, así como los españoles conceptualizaron a los indios como seres humanos de una categoría «inferior» (ya sea, como hemos visto, calificándolos de «siervos naturales» o de «menores de edad»), los americanos, en su intento de hacer comprensible lo nuevo incluyéndolo dentro de su orden de cosas, personifican en ellos al Héroe Civilizador recogido en sus mitologías de forma casi generalizada, a modo de profecías que anunciaban el regreso de este Héroe.

En el caso azteca, los mitos proféticos hablan de que, muchos años atrás, un ser superior llegado del oriente había civilizado a su pueblo, siendo por ello venerado como un dios civilizador conocido con el nombre de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada. Pero, enfadado éste por el mal comportamiento de los hombres, los había abandonado, prometiendo regresar en un año ce-acatl (uno-caña) dentro del ciclo calendárico de 52 años, que casualmente coincide con 1519, cuando los españoles tomaron tierra en México llegados desde el este. Además, la imagen humana de Quetzalcóatl era la de un hombre blanco, con un aspecto similar al que presentaban los recién llegados. Cronistas españoles se hacen eco de esta creencia indígena al describir su figura:

Fue Quetzalcóatl hombre virgen, penitente, honesto, templado, religioso y santo, predicó la ley natural y la apoyó con el ejemplo. Los indios lo creen dios, y que desapareció a la orilla del mar, ignorando o encubriendo la verdad de su muerte y considerándole numen del Viento.

(López de Gómara)

Era hombre blanco, alto... y barba grande y redonda; predicó el regreso de su gente y los indios tomaron a los españoles por descendientes celestiales del viajero...

(Bartolomé de Las Casas)¹⁰

Las informaciones que le llegan a Motecuhzoma acerca de la aparición de unos hombres extraños que arrivaban desde el oriente en unas enormes casas flotantes son recibidas por el emperador azteca desde los mismos inicios, cuando los hombres de Hernández de Córdoba desembarcaron por primera vez en la región; todo parece coincidir, extrañamente, con los mitos aztecas del regreso del dios Quetzalcóatl y de la destrucción del impe-

¹⁰ Fragmentos tomados de *Piña Chan: Quetzalcóatl, serpiente emplumada, México, FCE, 1977, págs. 68-69.*

rio. Ya en el año uno-acatl (1467) el señor de Tezcoco Nezahualcoyotl, construyó un templo en honor de Huitzilopochtli, componiendo un canto en el que se predecía el fin de su mundo. El cronista azteca Fernando de Alva Ixtlilxochitl recoge en el capítulo XLVII de su *Historia de la nación chichimeca* este canto, tratando de las profecías de Nezahualcoyotl en un texto que dice así:

«QUE TRATA DE ALGUNAS PROFECÍAS Y DICHOS QUE DIJO EL REY NEZAHUALCOYOTL».

Entre los cantos que compuso el rey Nezahualcoyotzin, donde más a la clara dijo algunas sentencias, como a modo de profecías, que muy a la clara en nuestros tiempos se han cumplido y visto, fueron los que se intitulan Xompancuicatl, que significa canto de la primavera, las cuales se cantaron en la fiesta y convites del estreno de sus grandes palacios, que empieza el uno así: Tlacxoconcaquican hani Nezahualcoyotzin, etc., que traducidas a nuestro vulgar castellano, conforme al propio y verdadero sentido, quieren decir: «Oid lo que dice el rey Nezahualcoyotzin, en sus lamentaciones sobre las calamidades y persecuciones que han de padecer sus reinos y señoríos». Ido que seas de esta presente vida a la otra, oh rey Yoyontzin, vendrá tiempo que serán deshechos y destrozados tus vasallos, quedando todas tus cosas en las tinieblas del olvido; entonces de verdad, no estará en tu mano el señorío y mando, sino en la de Dios. Y entró dijo: «entonces serán las aflicciones, las miserias y persecuciones que padecerán tus hijos y nietos; y llorosos se acordarán de ti, viendo que los dejaste huérfanos en servicio de otros extraños en su misma patria Acolihuacan...»¹¹.

En el caso inca, también la mitología profetizaba la llegada de los españoles: según ésta, en el lago Titicaca hubo una vez unos hombres de barba blanca que hacían prodigios y que un día desaparecieron andando sobre las olas del mar, hacia el occidente, prometiendo regresar. Citamos de nuevo las crónicas españolas, esta vez a Cieza de León, haciéndose eco de este mito:

Antes que los Incas reinasen en estos reinos ni en ellos fuesen conocidos, cuentan estos indios otra cosa muy mayor que todas las que ellos dicen, porque afirman que estuvieron mucho tiempo sin ver el sol y que, padeciendo gran trabajo con esta falta, hacían grandes votos e plegarias a los que ellos tenían por dioses, pidiéndoles la lumbré de que carecían; y que estando de esta suerte salió de la isla de Titicaca, que está dentro de la gran laguna del Collao, el sol muy resplandeciente, con que todos se alegraron. Y, luego que esto pasó, dicen que de hacia las partes del Mediodía vino y apareció un hombre blanco de crecido cuerpo, el cual en su aspecto y persona mostraba gran autoridad y veneración, y que este varón que así vieron tenía tan gran poder que de los cerros hacía llanuras y de las llanuras hacía cerros grandes, haciendo fuentes en piedras vivas; y como tal poder reconociesen llamábanle Hacedor de todas las Cosas Criadas, Principio de ellas, Padre del Sol, porque sin esto, dicen que hacía otras cosas mayores, porque dio ser a los hombres y animales; y que, en fin, por su mano les vino notable beneficio. Y este tal, cuentan los indios que a mí me lo dijeron que oyeron a sus pasados, que ellos también oyeron en los cantares que ellos también de lo muy antiguo tenían, que fue de largo hacia el norte haciendo estas maravillas, y que nunca jamás lo volvieron a ver (...)

Sin esto, dicen que, pasados algunos tiempos, volvieron a ver a otro hombre semejante al que está dicho, el nombre del cual no cuentan, y que oyeron a sus antepasados por muy cierto que por dondequiera que llegaba y hubiese enfermos los sanaba y que a los ciegos con solamente palabras daba vista; por las cuales obras tan buenas

¹¹ Alva Ixtlilxochitl, Fdo.: *Historia de la nación chichimeca*. Cap. XLVII. La edición utilizada es de Germán Vázquez. Madrid, *Historia* 16, 1985, pág. 168.

y provechosas era de todos muy amado; y de esta manera, obrando con su palabra grandes cosas, llegó a la provincia de los canas, en la cual, junto a un pueblo que ha por nombre Cacha, y que en él tiene encomienda el capitán Bartolomé de Terrazas, levantándose los naturales inconsideradamente fueron para él con voluntad de apedrearlo, y, conformando las obras con ella, le vieron hincado de rodillas, alzadas las manos al cielo, como que invocaba el favor divino para librarse del aprieto en que se veía (...) y sobre esta materia dicen más: que saliendo de allí fue hasta llegar a la costa de la mar, adonde, tendiendo su manto, se fue por entre sus ondas y que nunca jamás apareció ni le vieron; y como se fue, le pusieron por nombre Viracocha, que quiere decir espuma de la mar¹².

Pero al hablar de estas primeras explicaciones que se intentaron ante la desestructuración que supusieron los españoles, no sólo hemos de referirnos a las profecías, puesto que también ocupa un lugar importante el tema de los presagios. En efecto, los presagios de la llegada de los españoles aparecen de un modo tan uniforme como las profecías en la práctica totalidad de los pueblos americanos, integrándose en la percepción indígena dentro de una atmósfera mágica y mitológica, extrañamente coincidente en todos y cada uno de los casos, por muy alejados geográfica y culturalmente que estén: en todos se habla de cometas, incendios, rayos, personas en trance, extraños seres, etc.

Centrándonos, como en el tema de las profecías, en los aztecas y los incas, podemos decir que, en el primero de estos pueblos, los presagios son numerosos; acudamos a los testimonios de los cronistas mexicanos para verlos: en la obra de Chimalpahin¹³ se narra cómo en el año 1488, nueve-pedernal,

cayó una plaga de langosta en Chalco formando nubes que se espesaban y adelgazaban y, según se sabe por lo que los antiguos refieren, se desaparecieron en el cráter del Popocatépetl.

Los siguientes años también abundaron en fenómenos extraños; sigamos la crónica del mismo autor:

Año 10-casa, 1489. (...) También para entonces se anduvo apareciendo el fantasma del diablo que los antiguos nombraban Moyohuallitohiatzin.

Año 11-conejo, 1490. Cayó granizo en México. Heló tanto que la totalidad de los peces y de los animalitos y bestezuelas que viven en el agua o andan por ella, murieron. (...)

Año 13-pedernal, 1492. Entonces se derrumbó el cerro Ixmatlatépetl, saliendo cantidad de agua de él y causando la inundación de Amaquemecan Chalco.

También anduvieron apareciendo número de bestias feroces que gran mortandad causaron devorando niños pequeños. (...)

Año 4-pedernal, 1496. Hubo un eclipse de sol completo, a tal punto que todo se vio a oscuras como en plena noche y las estrellas pudieron verse con toda claridad. Y lo mismo hubo terremotos violentísimos y toda la tierra quedó agrietada. (...)

¹² *Cieza de León: Señorío del Perú, cap. V.*

¹³ *Chimalpahin: Relaciones originales de Chalco Amaquemecan, 7 Relación, México, FCE, págs. 223-225 y 231-232.*